

Las palabras de la guerra *

María Teresa Uribe de Hincapié

Unas palabras de advertencia para comenzar

¿Qué le pasa a la historia cuando abandona el espacio seguro del acontecimiento, de las tramas cronológicas y de las cadenas causales? ¿Qué sucede cuando el pasado deja de ser algo muerto, inmóvil y distante para convertirse en presencia viva y en configurador de repeticiones, circularidades o nuevos rumbos y orientaciones de futuro? ¿Qué ocurre con la filosofía y con la ciencia política cuando se aventuran más allá de las racionalidades y las normatividades, y pasan a preguntarse también por las pasiones y los sentimientos, las memorias y las huellas; por todo aquello que permanece a pesar de los cambios y las grandes transformaciones sociales? Y la sociología, ocupada de las instituciones, las estructuras, los tipos ideales y los sistemas, ¿cómo se aviene con ese móvil y cambiante universo de las culturas, los símbolos, las metáforas, los discursos y las palabras?

* Este artículo es parte de los resultados de la investigación *Las palabras de la guerra. Un estudio sobre los lenguajes políticos de las guerras civiles del siglo XIX colombiano*, financiada por Colciencias y desarrollada en el Instituto de Estudios Políticos. Una versión inicial fue presentada en el Seminario Internacional “Nación, ciudadano y soberano”, realizado por el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia en octubre de 2004. La autora agradece a Daniel Pécaut, Francisco Colom, Fernán González, Francisco Gutiérrez, Jesús Martín-Barbero, William Restrepo e Ingrid Bolívar, a sus compañeros del INER y del Instituto de Estudios Políticos, a sus estudiantes y a sus amigos de las Ong por ayudarle a entender “aquellas cosas que no se ven desde las altas cumbres de las teorías”.

Cuando estas preguntas se le plantean al investigador en el desenvolvimiento de su trabajo, puede que termine por perder su identidad disciplinar y por sentirse de ninguna parte y de todas al mismo tiempo. Posiblemente se vea situado en una suerte de tierra de nadie, en esa zona gris donde se desvanecen las fronteras de las ciencias sociales y concurren, no siempre armónicamente, el pasado y el futuro, las estructuras y los sujetos, la acción y el discurso, lo cuantitativo y lo cualitativo, los textos y los contextos, los valores y las prácticas, las normas y las transgresiones.

Cuando esto sucede los campos analíticos se vuelven más extensos y los problemas se multiplican, pero al mismo tiempo se está mejor situado para advertir los matices, los claroscuros, las modulaciones, las paradojas y las inconsistencias de una realidad como la colombiana, imposible de atrapar en los marcos rígidos de las teorías convencionales.

El presente artículo se desarrolla en esa zona gris llena de mixturas de la que hace parte la dupla *guerra y nación* en el siglo XIX y explora la relación de estos dos conceptos en el contexto de lo narrativo a través de la magia de las palabras y de las pervivencias y continuidades que inciden en las formas de hacer política, de imaginar el ciudadano y la nación; de configurar el Estado y de asumir la soberanía y el orden colectivo.

1. Nación, guerra y narración

Las naciones, así como otros macrosujetos sociales, son ante todo comunidades imaginadas,¹ artefactos culturales que cumplen con la tarea fundamental de crear una representación convincente y verosímil de un conglomerado social que siempre ha estado vinculado con un territorio particular y que permanecerá allí en el futuro. Esa idea de continuidad, permanencia y trascendencia es la que logra establecer el difícil vínculo del pasado con el futuro a través de presente; es el hilo que anuda momentos y contingencias, dando la impresión de permanencia a pesar de los cambios y de las profundas transformaciones ocurridas a lo largo de la historia en todos los órdenes de la vida social, y es también el referente que contribuye a definir los marcos en los cuales las personas recuerdan, olvidan e imaginan.

1 Asumimos para este trabajo lo que se ha dado en llamar el “giro invencionista de la nación”, a partir de las tesis de Benedict Anderson. Véase: Benedict Anderson. *Comunidades imaginadas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

Según Ricoeur, ese vínculo simbólico solo puede resolverse narrativamente,² de allí que los sentidos comunes y las identidades sean en buena parte el resultado de los relatos, las narraciones, las memorias, las historias, las metáforas o, si se quiere, las palabras emitidas por individuos o grupos de acuerdo con los recursos culturales y comunicacionales que tienen a su alcance, en contextos específicos y contingentes. Sin embargo, a veces esas palabras poseen la magia de pervivir a través del tiempo, de trascender los momentos en los cuales se narraron las diversas experiencias, y pasan a darle forma a ese macrosujeto implicado: la nación.³

Ese eje de pervivencia histórica es el que le da sentido y significación a la nación, lo que la hace imaginable y contribuye a moldear los sentidos comunes, las prácticas sociales, los referentes culturales y las intersubjetividades o formas de relacionarse entre sí de los miembros que la conforman.

Las guerras son eventos trascendentales en las trayectorias de las naciones, momentos de ruptura en los cuales se trastocan los órdenes convencionales, situaciones de riesgo y de peligro generalizadas y sucesos trágicos que significan la alteración de la vida para sectores muy amplios de la población. En Colombia, las narraciones bélicas ocupan un lugar significativo no solo por la cronicidad de estos acontecimientos sino también porque las guerras civiles estuvieron imbricadas con la política y con las formas de administrar y gobernar, porque se combinaron con acciones orientadas a la civilidad y a los propósitos de paz; pero, sobre todo, porque en el sentido común de los colombianos de hoy predomina la imagen generalizada de que el pasado de la nación fue una sucesión de enfrentamientos fratricidas sin sentido, de sangres derramadas y de atropellos que no terminan, que nunca se resuelven y que se reproducen de manera circular y perpetua; es decir, predomina una visión trágica de la nación.

Sobre esta visión catastrofista han llamado la atención el profesor Daniel Pécaut, quien argumenta con la razón histórica que el pasado fue de violencia pero también de orden, y establece los vínculos orgánicos entre uno y otro término,⁴ y Francisco Gutiérrez Sanín, quien ha mostrado de qué manera en la Colombia de hoy se imbrican

2 Paul Ricoeur. *Tiempo y narración: configuración del tiempo histórico*. México, Siglo XXI, 1995, tomo 1, pp. 241 y ss. Véase también: Paul Ricoeur. *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1999.

3 Sobre estos aspectos véase: Alberto Rosa *et al.* "Representaciones del pasado, cultura personal e identidad nacional". En: Alberto Rosa *et al.* (compiladores). *Memoria colectiva e identidad nacional*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2000, pp. 41-82.

4 Daniel Pécaut. *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*. Bogotá, Siglo XXI, Cerec, 1987.

la violencia y los pactos consociacionales;⁵ pero lo cierto es que el imaginario de la guerra perpetua sigue presente en las mentalidades de la gente del país; de allí que resulte pertinente preguntarse cómo han incidido las palabras de la guerra en esas formas de imaginar la nación y de qué manera muchas narraciones y lenguajes configurados para otros momentos históricos se mantienen en el presente para justificar el uso de las armas o para reprimir a los rebeldes.

Es evidente que existen otras narraciones sobre el pasado nacional e incluso se han enunciado algunos “imaginarios rivales” que señalan la tradición democrática, la estabilidad económica y la continuidad institucional del país en el contexto latinoamericano; sin embargo, esos relatos no parecen tener la fuerza evocativa, la capacidad de convencer y conmover a los auditorios, por lo cual la guerra y sus memorias terminan subsumiendo y disolviendo otras visiones que, con buen fundamento histórico, tratan de sustituir o matizar la imagen trágica de la nación.

Las relaciones entre guerra y nación han sido abordadas de manera muy lúcida por Fernán González, quien ha mostrado cómo las confrontaciones civiles del siglo XIX contribuyeron a construir la nación y a anudar las sociabilidades políticas, locales y regionales en partidos con pretensiones nacionales e idearios bien definidos. Sus estudios también permiten ver cómo se coimplicaron guerra y política, y de qué manera se fueron perfilando las redes verticales y horizontales entre agentes, localidades, pueblos y vecindarios para darle forma a lo que hoy tenemos como Estado, nación y partidos.⁶

En ese mismo sentido va este trabajo, pero desde el registro de lo narrativo.⁷ Se trata de una aproximación a las guerras civiles narradas, contadas a otros, divulgadas a públicos y auditorios con el propósito de convencerlos y de conmoverlos para que actúen de determinada manera. Su fin es indagar cómo se configuraron esas formas narrativas y por qué se reprodujo y mantuvo su vigencia, a pesar de los profundos cambios ocurridos en los contextos sociales y políticos.

5 Francisco Gutiérrez-Sanín. “Democracia dubitativa” En: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional. *Colombia. Cambio de siglo. Balances y perspectivas*. Bogotá, Planeta, 2000. Comparto esta tesis y la presento bajo la forma de “negociación del desorden”.

6 Fernán González *et al.* *Violencia política en Colombia: de la nación fragmentada a la construcción del Estado*. Bogotá, Cinep, 2002.

7 María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana López. *Las palabras de la guerra. Las guerras narradas del siglo XIX*. Medellín, Universidad de Antioquia, Instituto de Estudios Políticos, 2003 (en imprenta).

Las guerras civiles del siglo XIX colombiano fueron guerras entre ciudadanos, guerras por la nación, por el establecimiento de poderes y dominios con capacidad de dirección y de control político; guerras por la conformación del Estado moderno y por la generalización y ampliación de sus referentes de orden: soberanía, derechos y ciudadanía. En fin, fueron guerras por la política, y acciones políticas vividas como si de una guerra se tratara.

No se agotan en los enfrentamientos armados y directos, en el choque de ejércitos rivales, en la sangre derramada, en el humo de las batallas o en los cadáveres esparcidos por campos y ciudades; no se circunscriben a la acción bélica propiamente dicha, pues se desenvuelven también en contextos socio-políticos y en tramas de relación de poder, dominio y control que coimplican al conjunto de la población o, por lo menos, a sectores amplios o representativos de ella. Estas guerras se anudan con acciones políticas e impregnan y redefinen sus prácticas, sus discursos, sus manifestaciones colectivas; contribuyen a definir sus imaginarios y representaciones y, como bien lo dice Fernando Escalante Gonzalbo, “conllevar una forma de hacer política y de entender la política que no podría prescindir del Estado pero que nunca se agota en él”.⁸

Si las acciones políticas no pueden escindirse de las acciones bélicas cuando se trata de guerras por la nación y por el Estado, esto quiere decir que no estamos frente a guerras mudas, que son guerras con palabras, con relatos y narraciones, con discursos y metáforas, con exposición de razones y con proyectos explícitos que deben ser conocidos y acatados por las gentes y los pueblos como estrategia para articularlos de manera orgánica con los grandes propósitos político-militares que se dirimen por la vía armada.

De esta manera las palabras y los textos se convierten en mediadores entre el acontecer humano y la recepción de la obra por el lector. En ese tránsito el texto produce sentido, no copia la realidad sino que la transforma y la interpreta, en su búsqueda de orientar el accionar de quien lo escucha o lo lee. Abordar las palabras de la guerra como acción mimética implica reconocer la capacidad creativa del lenguaje, en tanto que produce sentidos nuevos, imágenes evocadoras, formas de nombrar, de ocultar o de desplazar eventos y acontecimientos a través de los cuales se transforma la realidad y se inducen acciones políticas y bélicas de gran complejidad. Las palabras forman parte de la realidad, no están por fuera de ella y contribuyen a

8 Fernando Escalante Gonzalbo. “Los crímenes de la patria: Las guerras de construcción nacional en México”. *Metapolítica*, 5, México, enero-marzo, 1998, pp. 28 y ss.

representarla, a imaginarla, a transformarla, y como diría Mark Johnson, las palabras también tienen el poder de matar.⁹

2. Las retóricas, las poéticas y la mimesis

Las palabras de la guerra se mueven en una doble dimensión: son retóricas¹⁰ y también poéticas.¹¹ Retóricas porque se configuran para decirse en público y van dirigidas a convencer a las personas mediante la argumentación; exponen de manera convincente y verosímil las razones de sus propuestas y sus presupuestos lógicos, al tiempo que critican y desvirtúan los del contrario, con el ánimo de producir determinados efectos en el lector o en el oyente e inducirlo a adhesiones y respaldos según los propósitos enunciados (o como dice Ricoeur, “para que cambien su obrar”¹²).

Se trata, pues, de discursos y relatos dichos en público y divulgados frente a auditorios susceptibles de ser convencidos de la justeza, la necesidad, la oportunidad o la inevitabilidad de la guerra, de usar las armas para conseguir objetivos políticos —o que al menos puedan expresarse como tales— presentados como si fueran de interés colectivo, así no lo sean u obedezcan a intereses más privados y menos presentables o representables. Por todo esto, las palabras en la guerra tienen que ser creíbles y verosímiles pues la intención de la retórica es convencer.

Las poéticas van en otra dirección: su propósito es conmover a los públicos apelando a lo que se puede llamar “las razones del corazón”, convocando los sentimientos, las pasiones, los miedos, la conmiseración o la clemencia. La intención de la poética no es diferente a la de la retórica; es decir, ambas van dirigidas a un público del que se espera reacciones pertinentes, pero difieren en las formas narrativas y en las estrategias para cautivarlo. La poética no argumenta ni expone razones,

9 Mark Johnson. *El cuerpo de la mente. Fundamentos corporales de significado, la imaginación y la razón*. Madrid, Debates, 1991, p. 24. Citado por: José María González. *Las metáforas del poder*. Madrid, Alianza, 1998.

10 Aristóteles. *Retórica*. Madrid, Aguilar, 1963. Asumimos aquí las premisas de Aristóteles, así como la interpretación que hace Ricoeur de su retórica. Véase: Paul Ricoeur. *Tiempo y narración*. *Op. cit.*, pp. 81-112.

11 Aristóteles. *Poética*. Caracas, Monte Ávila Editores, p. 1009. De nuevo, asumimos las premisas de Aristóteles, así como la interpretación que hace Ricoeur, esta vez, de la poética. Véase: Paul Ricoeur. *Tiempo y narración*. *Op. cit.*

12 Paul Ricoeur. *Tiempo y narración*. *Op. cit.*, p. 139.

sino que conmueve, busca producir terror o compasión mediante relatos de héroes y villanos, de sus desdichas inmerecidas, de sus destinos ineluctables; persigue generar el miedo al enemigo o la compasión por el dolor y el sufrimiento de las víctimas.

Tanto las retóricas como las poéticas requieren ser configuradas; es decir, exigen una acción de mediación o mimesis¹³ entre el magma de los acontecimientos, sucesos, eventos, proyectos e imágenes de la vida social y su presentación organizada ante los públicos; o en palabras de Ricoeur, se requiere la configuración de una trama mediante la cual los eventos episódicos, singulares, dispersos y diferenciados en los tiempos y en los espacios (la prefiguración) adquieran categoría de historia, discurso o narración (la configuración). La trama es la que le confiere unidad e inteligibilidad al texto y, como toda puesta en escena, contiene una intriga, un interrogante, algo que se debe aclarar en el relato y mediante las estrategias narrativas escogidas; también diseña una espera, un desenlace, lo que debe ocurrir de acuerdo con la manera como se construyeron los acontecimientos y la intriga. La espera es una suerte de conclusión, un fin previsto y anunciado hacia el cual debe dirigirse la atención del auditorio para convencerlo de lo que se argumenta, si el tono es retórico, o para conmoverlo con lo que se dice, si el tono es poético.

El profesor Jesús Martín-Barbero ha advertido la necesidad de evitar caer en la trampa de una interpretación elitista de lo comunicable, en la que solo los protagonistas, los intelectuales y los periodistas dominan el mundo simbólico y dialógico de la narración, mientras que el común de la gente no es más que receptor o consumidor de las retóricas y las poéticas.¹⁴ La recepción de la obra por el lector o el oyente constituye, para Ricoeur, el tercer momento de la mimesis (la refiguración). Es indudable que existe un amplio margen de maniobra que le permite a las personas incorporar esos discursos y relatos en sus sistemas de pensamiento, referentes culturales, valores, ideas y tradiciones, resignificándolos y otorgándoles nuevos sentidos, algunos de ellos no previstos e inesperados; y justamente en ese juego de imágenes y contraimágenes es donde los discursos y los relatos van perfilando nuevos sentidos o manteniendo otros a través de los avatares del tiempo, los lugares y las circunstancias. Precisamente allí, el sentido común encuentra su razón de ser y quizá

13 En este texto seguimos las indicaciones de Paul Ricoeur sobre los tres momentos de la mimesis. Véase: *Ibid.*, pp. 115-139.

14 Jesús Martín Barbero. *El oficio de cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 2003.

permita explicar por qué ciertas visiones de nación subsumen las otras o las sustituyen sin que algún actor externo pueda controlar todo el proceso; esa es una de las facetas más cautivantes de la magia de las palabras.

Las guerras del siglo XIX en Colombia se desarrollaron en una trama nutrida de retóricas y poéticas, y aunque no puede hacerse una separación taxativa entre ellas, sí es posible establecer dominancias en los diferentes momentos de esa trabazón entre guerra y política que ha marcado el devenir de la vida colombiana.

3. Las retóricas o las maneras de convencer

Para explicar la presencia de la retórica en las guerras civiles colombianas es conveniente deshacerse de una visión muy generalizada según la cual éstas fueron “guerras electorales”, como las llamó alguna vez Frank Safford;¹⁵ luchas crudas y rutinizadas, guiadas solamente por intereses caudillistas y de clientela; confrontaciones fratricidas atroces que carecían de dimensiones sociales o políticas. Es claro que había mucho de eso, pero también es necesario reconocer que en estas guerras se enfrentaron proyectos opuestos de Estado, nación, ciudadanía y régimen político, y que los ejercicios retóricos de los protagonistas —gobernantes o rebeldes— develan la configuración de macrolenguajes políticos; lenguajes que, como lo expresa el profesor Francisco Colom, son estructuras institucionalizadas que al escapar a la voluntad exclusiva del hablante incluyen las locuciones, las retóricas, los juegos lingüísticos discernibles, los vocabularios y las formas de hablar sobre política.¹⁶

Los macrolenguajes nombran los enfoques y las tradiciones teóricas y filosóficas que le dan cuerpo a los contenidos preposicionales de los argumentos políticos; es decir, describen las tradiciones y doctrinas políticas desde las cuales se construyó el Estado moderno, la soberanía, la ciudadanía y sus derechos. Al aplicarse a contextos históricos específicos, estos se configuran como proyectos políticos concretos; de estas configuraciones fueron surgiendo los fundamentos ideológicos y programáticos de los partidos tradicionales. Fue la retórica político-bélica la que permitió que en la república recién nacida empezara a emerger el macrolenguaje de la virtud, propio del republicanismo; el de los derechos, enunciado por el liberalismo; el de la tradición, correspondiente al conservadurismo, y el de la identidad, con ecos en el multiculturalismo.

15 Citado por: Gonzalo Sánchez. *Guerras, memoria e historia*. Bogotá, Icanh, 2003, p. 67.

16 Francisco Colom González. *Razones de identidad. Pluralismo cultural e integración política*. Barcelona, Anthropos, 1998.

A su vez, y acompañando a los macrolenguajes propiamente políticos, se articuló uno nuevo: el de la guerra.¹⁷

Esto quiere decir que los actores públicos de las guerras civiles no fueron ajenos a los debates en torno a la justificación, la negación o la proscripción de la guerra, pues estar en la guerra suponía pensarla, delimitarla, definirla, nombrarla, evaluar sus significados, sus verdades y mentiras; en este sentido es posible afirmar que el lenguaje de la guerra que apelaba a la definición del carácter del enemigo estuvo presente como un discurso de justificación que intentaba acotar la guerra para que encajara dentro de los patrones del derecho de gentes, aunque en algunas ocasiones la aplicación de estos principios fuera totalmente descontextualizada y también arbitraria. La imbricación entre los macrolenguajes de la política y de la guerra sirvió de fundamento a la retórica con la cual se argumentó sobre la necesidad y la inevitabilidad de tomar las armas; así se abrieron paso otros lenguajes más puntuales: el de la tiranía, la conspiración y la inconstitucionalidad, con la particularidad de que fueron usados indistintamente por los diferentes sectores en lucha.

La retórica predominó en tres momentos del devenir de los conflictos: en la construcción del *casus belli*, en el giro político y nacional en los acontecimientos y en el momento de negociar la paz.

3.1 La construcción del *casus belli*

Mucho antes de que chocaran las armas y se emprendieran las batallas, las retóricas habían creado los climas prebélicos o de hostilidad manifiesta. A través de la retórica se argumentó sobre el *casus belli* y se convenció a los públicos de la justificación moral, la necesidad política y la obligación cívica de tomar las armas. Los discursos retóricos se orientaron en lo fundamental a tres propósitos: el primero fue demostrar que el gobierno y/o los rebeldes —según el enunciante— encarnaban la tiranía; o, dicho de otro modo, la negación del orden republicano y democrático. Así, el lenguaje de la tiranía se convirtió en un eje que acompañó la justificación de la mayor parte de las guerras civiles en Colombia.¹⁸

17 Para configurar el lenguaje de la guerra, los actores político-bélicos del siglo XIX colombiano se inspiraron en varios autores, pero los más estudiados fueron: Emmerich de Vattel. *Derecho de gentes o principios de la ley natural aplicados a la conducta y los negocios de las naciones*. París, Imprenta de Everat en casa de Leconte; y Andrés Bello. *Principios del derecho de gentes*. París, Imprenta de Bruneau, 1840.

18 Como ejemplo de estos discursos véase: Julio Arboleda. "A los señores editores de El Neogranadino y El Conservador". Popayán, noviembre 4 de 1850, Biblioteca Nacional, Fondo Pineda.

El segundo propósito de la retórica prebélica era el de señalar la existencia de una conspiración en marcha. Cada grupo de protagonistas aducía que el contradictor estaba conspirando para hacerse con el poder o para conservarlo por vías ilegales o violentas que incluían el asesinato, el fraude electoral, las amenazas de muerte o el derrocamiento del gobierno legítimo. El lenguaje de la conspiración siempre estuvo en el horizonte argumental de todos los protagonistas, fue un discurso usado con mucha frecuencia que intentaba develar las intenciones antirrepublicanas de los opositores para deslegitimar su accionar y situarlos de antemano en los márgenes del orden como portadores del caos y la anarquía.¹⁹

El tercer objeto de la retórica prebélica era la Constitución, y no es gratuito entonces que Escalante Gonzalbo califique las guerras civiles en América Latina como “guerras por la Constitución”.²⁰ El argumento se orientaba a demostrar por qué el gobierno de turno la estaba violando,²¹ o por qué la Carta, surgida la mayoría de las veces de una victoria militar, era considerada por los opositores como un instrumento de opresión, por lo cual se exigía su cambio por la vía armada.²² De esta manera los lenguajes de la tiranía, la conspiración y la inconstitucionalidad fueron los argumentos retóricos para convocar a los públicos a la guerra, al mismo tiempo que permitieron el despliegue de los macrolenguajes y la exposición de los proyectos políticos confrontados. A través de ellos los contradictores pudieron argumentar sus diferencias ideológicas en torno a la forma que debería tener el Estado, cómo imaginar la nación, cómo concebir al ciudadano y sus derechos, y cómo estructurar el régimen político, las leyes y normas que deberían definir el orden de la república y el ejercicio del poder.

Una vez declarada la guerra, la retórica cedía su campo a la poética, aunque no desaparecía del escenario y cada acontecimiento, cada evento, cada giro del conflicto armado era incorporado en la retórica originaria para demostrar, con los hechos de la coyuntura, que la razón histórica estaba de parte de quien la invocaba y que se cumplían paso a paso las previsiones y las advertencias que se habían hecho durante

19 Como ejemplo de los lenguajes de la conspiración, véase: “Noticias del Sur”. *Libertad y Orden*. Bogotá, junio 1 de 1840, pp. 18 y ss. Y las respuestas de los enemigos: “Reserva de los procedimientos del ejecutivo y sus agentes respecto a los sucesos de Pasto”. *El Correo*. Bogotá, octubre 10 de 1839.

20 Fernando Escalante Gonzalbo. *Op. cit.*

21 Como ejemplo, véanse las argumentaciones de Tomás Cipriano de Mosquera para levantarse en armas contra el gobierno de Ospina Rodríguez, en: Felipe Pérez. *Anales de la revolución*. Bogotá, Imprenta del Estado de Cundinamarca, 1862, pp. 5-47.

22 Como en la guerra de 1885 y en la de los Mil Días, entre otras.

la construcción del *casus belli*. Es decir, se continuaba la acción mimética, se incorporaban nuevos hechos a la trama, se complejizaba la intriga sin perder el hilo que le daba sentido a los argumentos y se festinaba la espera como un desenlace previsto que debería ocurrir para evitar la ruina de la república.

3.2 El giro político y nacional en los acontecimientos

El segundo campo de acción de la retórica tuvo que ver con una operación de mediación muy importante: darle sentido político y dimensión nacional a conflictos que inicialmente no los tenían; bien porque tuvieran un cariz más social o étnico, o porque se tratara de conflictos locales o regionales muy puntuales²³ que no afectaban otros territorios; de allí que cuando se mira con detenimiento estas confrontaciones se advierta con cierta sorpresa que en las regiones se libraban guerras distintas, con despliegues diferenciados, tiempos diversos y protagonistas que buscaban objetivos disímiles, no equiparables ni agregables, pero que terminaban teniendo sentido político y dimensión nacional por la magia de las palabras.

La retórica permitía configurar un discurso o un relato que, como diría Ricoeur, lograba “hacer la síntesis de lo heterogéneo”;²⁴ síntesis que no copiaba la realidad acontecimental, cuya expresión inmediata era difícil de acotar e imposible de narrar por su diversidad, sino que se transformaba haciendo surgir lo nuevo, lo no dicho, y otorgándole a los eventos un sentido político partidista y una dimensión nacional que originalmente no tenían. Mediante la retórica se armaba un relato que lograba inscribir los hechos aislados y dispersos en un discurso con sentido, y argumentar sobre la intencionalidad política de los mismos, construyendo una telaraña en la que todos los hilos partían del mismo punto y llegaban a conclusiones verosímiles y creíbles que terminaban implicando a todo un partido o una sociabilidad política de ámbito nacional en la trama y en la intriga de la guerra.

3.3 La retórica de la paz

El tercer momento de despliegue de la retórica tenía que ver con las estrategias de la paz y la reconciliación. Si bien estas retóricas procedían en las posguerras, no

23 Es el caso de la Guerra de los Supremos, en la que un levantamiento de indios y curas, así como el indulto otorgado a los rebeldes, se convierte en el espacio de debate donde se le imprime, gracias a las palabras, dimensión política y nacional a eventos que en principio no la tenían. Véase: María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana López. *La Guerra de los Supremos*. En: *Las Palabras de la Guerra. Las guerras narradas del siglo XIX*. *Op. cit.*

24 Paul Ricoeur. *Tiempo y narración*. *Op. cit.*, p. 130.

se circunscribían solo a esos momentos, pues lo predominante en la historia colombiana fue una coimplicación de la violencia con los pactos, por eso fueron muy frecuentes las comisiones de paz, las esponsiones, los armisticios regionales, las intervenciones de los embajadores extranjeros y los acuerdos políticos para evitar que la guerra fuera declarada, para detenerla cuando ya estaba en marcha, para impedir depredaciones y atropellos innecesarios o para negociar acuerdos regionales o locales que no implicaban ponerle fin al conflicto nacional. Es decir, se combinaron con alguna eficacia los discursos de la guerra y los de la paz, pero era en el momento posbélico cuando estos discursos tenían su mayor despliegue.

Se trató de una combinación bastante curiosa entre los pactos y las violencias, entre los odios y los perdones, entre los recuerdos y los olvidos; los vencedores no deponían las intenciones de reprimir a los vencidos y de aplicarles toda la fuerza de la ley: fusilamientos, destierros y confinamientos estuvieron al orden del día; pero al mismo tiempo enfatizaban la búsqueda de la reconciliación y la aceptación por parte de los vencidos del orden del vencedor, escenificando la construcción de una soberanía por institución, como la llamaría Hobbes.

En los momentos posbélicos se cambiaban los discursos y se moderaban los lenguajes, se notaba una variación de “la guerra por el todo o nada” hacia “la guerra por el más o el menos”,²⁵ del enemigo absoluto al enemigo justo; de la negación del derecho a la guerra, su invisibilización y su criminalización, al reconocimiento de los rebeldes como hostiles que a pesar de todo y después de aceptar el orden del vencedor podían reintegrarse al *corpus* político de la república como ciudadanos de pleno derecho.

Cuando llegaba el momento de restaurar el orden, de retornar a la vida institucional y de poner en acción “la filigrana de la paz”, otras consideraciones entraban en acción y mediante el ejercicio retórico se formulaban las justificaciones del caso; se argumentaba sobre “los altos intereses de la nación”, la necesidad de la reconciliación y la clemencia con los vencidos, la urgencia de dejar en el pasado los odios y las retaliaciones, y la conveniencia del perdón y el olvido para reconstruir un orden republicano democrático y duradero.

Esta combinación de pactos y perdones, de violencias y acuerdos, permite advertir que las guerras del siglo XIX a pesar de sus horrores no eran confrontaciones

²⁵ Sobre estos conceptos véase: Enrique Serrano Gómez. *Filosofía del conflicto político. Necesidad y contingencia del orden social*. México, Universidad Autónoma Metropolitana, 2001, pp. 193 y ss.

de exterminio, no eran guerras-batalla como las llama Clement Tibaud,²⁶ no pretendían derrotas o victorias definitivas. En otras palabras, se trataba de usar la fuerza armada para buscar acuerdos, para negociar ventajas políticas, para lograr reivindicaciones específicas de grupo o de región, o para vengar agravios u ofensas. En el imaginario de los rebeldes o del gobierno siempre estaba la posibilidad de un armisticio o un acuerdo honroso, en caso tal de que la suerte les fuera adversa en la guerra.

Las guerras no parecían ser recursos excepcionales ante el fracaso de la política sino una estrategia, entre otras, del ejercicio del poder o, como dice Gonzalo Sánchez, “la guerra era uno de los lugares del poder, al lado de otros como el parlamento, los partidos, las asociaciones; que el conflicto se volviera guerra era casi natural”.²⁷ Aquellas confrontaciones armadas, contrario a las del presente, empezaban con los pronunciamientos y terminaban con los armisticios pero, como las de ahora, tampoco se resolvían, y la hostilidad permanecía latente hasta que las circunstancias permitieran declarar de nuevo la guerra.

Además de la naturaleza de estas guerras, los lenguajes del perdón y el olvido también estaban condicionados estratégicamente: la percepción de los vencedores sobre la debilidad del Estado y su relativa dificultad para ejercer la soberanía interna, el temor siempre presente de una nueva guerra donde los derrotados de hoy detentaran el poder en el futuro; en suma, la contingencia de la vida política inducía a adoptar estrategias de reconciliación y se iniciaba un complejo proceso jurídico de acuerdos y negociaciones entre vencedores y vencidos, que se concretaba en las políticas de indulto y amnistía.²⁸

En estas circunstancias, la retórica se revestía con el lenguaje jurídico y seguía las huellas de los grandes tratadistas del derecho público europeo y del derecho de gentes; sin embargo, esta retórica circulaba por los recintos del Congreso, por las altas cortes, por los despachos de los jueces, y ponía en movimiento las redes parentales, los intermediarios y sus clientelas para favorecer a los enemigos en desgracia, creando

26 Esta diferencia la hace Clement Tibaud en su texto: *En la búsqueda de un punto fijo para la República. El Cesarismo Liberal (Venezuela – Colombia 1810-1830)*. Bogotá, Instituto Francés de Estudios Andinos, 2002 (policopiado).

27 Gonzalo Sánchez. *Op. cit.*, p. 66.

28 Véase: Mario Aguilera “Armisticios e indultos siglos XIX y XX”. *Revista Credencial-Historia*, 137, Bogotá, mayo, 2001; véase también: María Teresa Uribe de Hincapié y Liliana López. *Las palabras de la guerra. Las guerras narradas en el siglo XIX. Op. cit.*

un sistema de favores y beneficios interpartidistas e interregionales que desafiaba la idea de un conflicto radical y al mismo tiempo representaba un obstáculo para las intenciones de represión severa que pudieran tener los triunfadores.²⁹ Las transversalidades operaban eficazmente, como ha seguido ocurriendo en la vida nacional.

Estas prácticas perfilaron una manera de hacer y vivir la política, y dejaron marcas muy importantes en la legislación para el reconocimiento del rebelde y del delincuente político;³⁰ no obstante, el impacto de los lenguajes de perdón y olvido fue significativamente menor en los públicos y en los auditorios, pues estos lenguajes tuvieron escasa capacidad de trascender los tiempos y los espacios, y estuvieron más atados a las coyunturas y a los momentos en los cuales las retóricas fueron enunciadas. Las pervivencias, las continuidades, las representaciones y los imaginarios corrieron por cuenta de la poética, con sus gramáticas, dramáticas y lenguajes vivos que todavía hoy se enuncian para justificar la violencia y el uso de las armas.

Las retóricas desplegadas a través de los lenguajes de la tiranía, la conspiración, la inconstitucionalidad, pero también del perdón, el olvido y la reconciliación, contribuyeron a documentar esos anudamientos a veces paradójicos entre la guerra y la política, la violencia y la negociación, los conflictos armados y los pactos. Con todos esos elementos imbricados se fueron construyendo prácticas, mentalidades, sentidos comunes, maneras específicas de hacer y representar la política, de percibir el poder y el Estado, y de argumentar sobre las razones y las justificaciones de la guerra y de la paz; así, ante la dificultad de imponer el orden, terminó negociándose el desorden.

4. La poética o la dramaturgia de la guerra

Las guerras, especialmente las guerras civiles, fueron verdaderas tragedias nacionales en cuyas narraciones se produce, por tanto, una acción mimética orientada a conmover a los públicos con los relatos, las metáforas, las antinomias y las aproximaciones narrativas de diversa naturaleza. Las poéticas acompañaron a las retóricas en la puesta en escena de la guerra y sus horrores, pero apuntaron hacia una dramática o una dramaturgia que siguió con singular precisión los elementos constitutivos

29 Estas prácticas operaron en la mayor parte de las posguerras; sobre todo, pero no exclusivamente, entre los miembros de la élite. Como ejemplo véase: José María Quijano Otero. *Diario de la Guerra Civil de 1860 y otros sucesos políticos*. Bogotá, Incunables, 1982.

30 Véase al respecto: Iván Orozco Abad. *Combatientes, rebeldes y terroristas. Guerra y derecho en Colombia*. Bogotá, Temis, 1992.

de las tragedias clásicas en las cuales la construcción de la trama se va configurando de acuerdo con un fin preestablecido al que se subordinan tanto los personajes como los acontecimientos que se narran en las diversas escenas.

La magia de la narración se encarga de representar a los actores principales de los conflictos armados, a los protagonistas, como caracteres éticos del bien o del mal; es decir, no se trata de sujetos históricos de carne y hueso en quienes se podía percibir matices, con virtudes y defectos, con aciertos y equivocaciones, sino que son presentados ante todo como actores de un drama o de un poema épico en el cual ellos encarnan y significan principios morales y desenvuelven su quehacer de acuerdo con el lugar de héroes o villanos que les corresponda representar en esa particular puesta en escena.³¹

El propósito de esta dramaturgia es la agnición,³² que consiste, según Ricoeur, en conducir una historia hasta el final para develar un secreto, algo que estaba oculto y que al salir a la luz le otorga sentido al conjunto de la obra. En este caso, la dramaturgia se encargaba de revelar una conspiración en marcha, la intención de hacerse con el poder por medios ilícitos, los propósitos secretos de gobernantes o rebeldes, sus verdaderas intenciones privadas, personales y mezquinas revestidas de intereses colectivos; las historias de barbarie o de virtud, o las ejecutorias de los personajes en el pasado; todo ello con la intención de conmover a los públicos, lograr la justificación moral y convencerlos de la necesidad política o la obligación ciudadana de empuñar las armas.

Además de la identificación de los protagonistas como caracteres éticos del bien o el mal, de héroes o villanos, el relato configura escenas en las que se representan las peripecias, los lances patéticos, los errores trágicos y los hitos centrales de la historia; rescata aquellas susceptibles de ser incorporadas de acuerdo con el desenlace previsto y con las demandas de la trama y la intriga y desecha otras, importantes también, pero inconvenientes según los propósitos buscados. A través de las diferentes escenas se van revelando las virtudes del héroe —trágico, la mayoría de las veces— que encuentra la muerte o el destierro en la defensa de los más altos intereses nacionales; o se revelan también los vicios de los villanos, representados como seres egoístas, mezquinos, que actúan en defensa de intereses privados, personales o de

31 Paul Ricoeur. *Tiempo y narración*. *Op. cit.*, pp. 99 y ss.

32 Sobre la agnición en la tragedia véase: *Id.*, *La lectura del tiempo pasado*. *Op. cit.*, pp. 130 y ss.

partido, y que con sus errores trágicos condujeron a la patria hacia la destrucción y la barbarie.³³

El encadenamiento de las escenas sigue un hilo argumental, una trama, una intriga, una suerte de suspenso con un desenlace previsto de antemano, y es de acuerdo con éste como se hace aparecer una verdad no sabida ni conocida por el público que, al serle revelada, se conmueve y siente terror frente a los victimarios o villanos, admiración y devoción por el héroe salvífico y compasión por las víctimas inocentes. De nuevo, es necesario insistir en que las guerras narradas y sus dramaturgias no se ajustan necesariamente a lo acontecido, sino que esas narraciones la interpretan, la modifican, la transforman, le otorgan sentido con el propósito de conmover a los auditorios.³⁴

Las poéticas y las dramáticas tampoco siguen el camino marcado por lo cronológico o por relaciones causales entre los acontecimientos; por el contrario, se trastocan los tiempos y los espacios, el pasado se trae al presente; lo que supuestamente estaba olvidado y perdonado se recuerda y se adapta a una realidad distinta; lo sucedido en otros países se trae a cuento, los contextos se desdibujan. En ese proceso narrativo, el destino trágico vuela a jugar su papel para guiar el periplo de los personajes, quienes pasan a ocupar el centro del escenario, pues son sus vidas azarosas las que conducen el hilo de la historia; y las que otorgan luz a los diversos sucesos de la trama y sentido a la dramaturgia de la guerra.

En estos relatos no faltan recursos escénicos muy conocidos, como la aparición de los fantasmas del pasado pidiendo venganza,³⁵ la mimesis o comparación con

33 La tragedia ha sido un modelo significativo para las narraciones bélicas e historiográficas (hagiografías). Como ejemplo de esta modalidad narrativa puede citarse la imagen de José María Obando, pintado alternativamente como villano faccioso en: Joaquín Posada Gutiérrez. *Memorias histórico políticas*. Medellín, Bedout, 1971, tomos 2 y 3; y como héroe trágico en: José María Samper. *Apuntamientos para la historia de la Nueva Granada desde 1810 hasta la administración del 7 de Marzo*. Bogotá, Incunables, 1982.

34 El ejemplo de este proceso lo puede constituir la Guerra de los Supremos: una confrontación larga, compleja, con muchos escenarios y con actores muy importantes, pero que en la memoria historiográfica queda reducida a los odios semiprivados y semipúblicos entre José María Obando y Tomás Cipriano de Mosquera.

35 Es el caso del fantasma de Sucre, que reaparece diez años después en el contexto de la Guerra de los Supremos pidiendo venganza; o el fantasma de Salvador Córdova fusilado en 1841, que reaparece en 1851 para reclamar la sangre de Pinto y Morales, sus delatores (y es el asesinato atroz de estos, narrado con todos los recursos de la dramaturgia, lo que hace entrar a los

otros héroes o villanos de la antigüedad³⁶ o con acontecimientos parecidos vividos en otros países,³⁷ el uso frecuente de tropos literarios, metáforas, antinomias y paradojas a través de las cuales se lograba encarnar en los grandes protagonistas los miedos ancestrales de la sociedad, o las virtudes necesarias para salvar el país del caos y la barbarie representada en los enemigos.

Las narraciones sobre las guerras, escritas por los protagonistas o los contemporáneos de los acontecimientos bélicos siguen, por lo general, la estructura de la tragedia; son textos de parte o de partido, interesados en demostrar que la razón histórica estaba con determinado grupo y que las desgracias nacionales tenían nombre propio y era posible ponerles un rostro, una imagen, construir un referente desde el cual orientar las acciones en el sentido previsto. Así, los héroes y los villanos cambiaban de acuerdo con la adscripción partidista del narrador y proyectaban un imaginario nacional dual, escindido, confrontado, pintado con los colores de los partidos y con dificultades reales para encontrar algún punto de identificación a partir del cual se pudiera imaginar la nación como conjunto.³⁸ Buena parte de la historiografía tradicional recogió estas narraciones y les dio el estatuto de verdad histórica, con lo que ello significa para la elaboración de una historia que recoja críticamente los acontecimientos del pasado de manera que las gentes puedan pensar su realidad, la de sus familias y sus localidades, e inscribirlas en los grandes procesos que ha atravesado la nación.

A su vez, la poética no se agotó en la literatura memorial posbélica, pues también tuvo gran significación en varios momentos del devenir de los conflictos, como en las declaraciones de guerra o pronunciamientos y en el desarrollo de las acciones propias de la confrontación, tanto en los escenarios militares, acompañando las batallas, como en las comunicaciones dirigidas a las poblaciones para que apoyaran a los ejércitos

antioqueños en la guerra, a pesar de haber presentado amplias reticencias con anterioridad). Sobre la sangre derramada como el eslabón de las guerras sucesivas véase: María Teresa Uribe de Hincapié. *Las palabras de la guerra. Lenguajes políticos, narraciones y metáforas en las guerras civiles*. *Op. cit.*

36 Julio Arboleda comparaba a José Hilario López con Nerón, con Silas y con Atila; véase: *Julio Arboleda*. *Op. cit.*

37 Véase lo que escribe Salvador Camacho Roldán sobre la mimesis que hicieron los conservadores entre la elección de López y los asesinatos que habían ocurrido en el Congreso venezolano un año antes. Salvador Camacho Roldán. *Memorias*. Medellín, Bedout, pp. 44-48.

38 Durante el siglo XIX los partidos tradicionales colombianos tuvieron su galería de héroes y villanos; ni siquiera los fundadores de la nación, Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, escaparon a esta visión dicotómica.

o aceptaran una rendición sin retaliaciones; además reaparecían con fuerza en las posguerras cuando los perdones judiciales declaraban el olvido general. Estas expresiones de tono poético tomaron muchas formas: artículos de prensa, en prosa o en verso; hojas sueltas, folletos y boletines de guerra, entre otras.

4.1 Las proclamas y los pronunciamientos

Estas “actas de guerra” anunciaban el inicio de la acción bélica y marcaban la línea divisoria entre la hostilidad manifiesta y el principio de las operaciones, o si se quiere, entre el estado de guerra y la guerra como acción.³⁹ Esta ya no era la ocasión para exponer argumentos y razones, para desplegar las retóricas; era el momento de las emociones, de los sentimientos, de avivar los odios o de acentuar las lealtades. Se trataba de llamados urgentes a la acción sin dilaciones porque lo que estaba en juego era definitivo: la salvación o la catástrofe, la vida o la muerte, la estabilidad de la república o su pérdida definitiva; era el orden o el regreso al caos. Las proclamas y los pronunciamientos apelaban a la guerra sin cuartel, a la lucha “por el todo o nada” contra un enemigo con el cual no podía tenerse ningún tipo de consideración; eran trompetas de guerra, gritos de batalla que llevaban implícita una demanda a los ciudadanos virtuosos para que defendieran la patria de sus adversarios, quienes encarnaban la anarquía, el desorden y la ruina de las instituciones.

Más que argumentos, estos documentos enunciaban palabras mágicas, electrizantes, cautivantes, capaces de mover a la acción, de conmover y aterrorizar a las gentes del común para que empuñaran las armas contra sus conciudadanos, sus vecinos y, en ocasiones, contra sus parientes; las instaban a matar o morir si fuera necesario.

Estas actas de guerra, además de situar los acontecimientos en términos antinómicos, a menudo evocaban el pasado, las viejas glorias de la localidad o la región, la sangre derramada anteriormente para la salvación de la república, los sacrificios que los antepasados hicieron por la libertad, la justicia o la religión, y señalaban que los enemigos eran parecidos a los de antes o acaso los mismos. De esta manera se realizaba la acción mimética entre los acontecimientos presentes, los del pasado de gloria u oprobio, según el caso, y los del futuro deseado o temido; lo cual daba

³⁹ Sobre estos dos conceptos tomados de Tomas Hobbes y Carl Schmitt, véase: María Teresa Uribe de Hincapié. “Las soberanías en vilo en un contexto de guerra y paz”. *Estudios Políticos*, 13, Medellín, junio-diciembre de 1998.

continuidad, permanencia y trascendencia a los pueblos en nombre de los cuales se hacía la guerra.⁴⁰

También se apelaba a la bravura e imbatibilidad de los pueblos en pasadas contiendas —incluso a veces se remitía hasta las guerras por la independencia—, así como a los miedos que suscitaban los enemigos por su ferocidad y barbarie; en fin, se trataba de poner el pasado al servicio del presente, de desafiar tiempos cronológicos y razones lógicas con el ánimo de tocar las fibras más sensibles de lo que podría denominarse una incipiente identidad con el territorio, identidad que por razones de guerra y política se fue revistiendo con los colores del partido y se escindió en dos mitades, aparentemente irreconciliables.

Si bien las actas de la guerra no son, en estricto sentido, documentos políticos ni argumentaciones completas sobre los principios ideológicos de los combatientes, sí revelan el sentido político de las acciones militares y expresan la necesidad de manifestar, no solo con las armas sino también con las palabras, el sentido de su accionar, mediante la divulgación a los amigos, enemigos e indiferentes, del significado de sus decisiones, que podían representar —incluso con el uso de la fuerza— intereses colectivos y públicos.

En suma, las proclamas y los pronunciamientos son, al mismo tiempo, actos bélicos y políticos que llaman a derramar sangre y apelan a los sentimientos más primarios, aunque también inducen reflexiones políticas sobre el valor de la libertad, la justicia, la tradición o el orden republicano. En esencia, son declaraciones de guerra, pero también manifiestos políticos; una suerte de combinación entre la palabra y la sangre que imbrica en un solo y único proceso dos esferas distintas: la de la guerra y la de la política, que se han pensado siempre separadas.

4.2 La gramática y la dramática en la guerra

Una vez declarada y emprendida la confrontación, la dinámica de las acciones y las reacciones fueron constituyendo una nueva gramática para leer la guerra, según la cual las razones originales para declararla se iban desdibujando y pasaban a primer

40 Como ejemplo puede citarse un fragmento de la proclama de Reyes Patria a los tunjanos durante la Guerra de los Supremos: “[...] los manes ilustres de los próceres de la independencia que rindieron su último aliento en los campos de Gámeza, Vargas y Boyacá responden por vosotros, ellos os contemplan desde la eternidad [...], del seno de vuestras familias ha salido el mayor número de los redentores de las libertades patrias, ¿cambiareis los muchos y hermosos títulos de patriotas y hombres libres por las infames marcas de infames esclavos?”. En: Juan José Reyes Patria. “Cuartel general de Tunja, 19 de septiembre de 1849”. *Libertad y Orden*, 23, Bogotá, 1840.

plano los acontecimientos propios del conflicto, sus lógicas particulares y sus demandas de defensa y ataque (muchas de ellas sin relación alguna con las supuestas causas aducidas), que mantenían viva la hostilidad y prolongaban el conflicto, alimentándolo con nuevas razones para seguir combatiendo. De esta manera, en el propio desenvolvimiento de la guerra se encontraban nuevas justificaciones y razones morales para continuarla, profundizarla y también degradarla.

Es precisamente en esta nueva gramática de la guerra, en sus lógicas propias y en el significado de las acciones y reacciones, donde entran en juego los lenguajes vivos, la dramaturgia de la sangre derramada, los agravios, las vejaciones, los atropellos y los despojos.

Los reclutamientos indiscriminados, los empréstitos —forzosos a los enemigos y voluntarios a los amigos—, la incautación de caballos, ganado y víveres; el encarcelamiento y las persecuciones a los civiles simpatizantes del enemigo o a quienes se negaran a pagar las contribuciones impuestas, las quemas de haciendas y poblados, los robos, las violaciones, los asesinatos fuera de combate, los muertos por las balas enemigas y todas las tropelías cometidas por una soldadesca en campaña, así como el incremento de la delincuencia común que siempre viene asociado con las guerras, incidieron en los realinderamientos de las gentes del común en el bando contrario a aquél que los agredía y convirtieron una guerra de pocos, una confrontación entre élites, en una guerra de muchos. Sin embargo, estas adscripciones no tenían mucho que ver con los principios ideológicos que enunciaban los protagonistas y, además, eran transitorias y podían cambiar de acuerdo con los vaivenes de la guerra; casi se podría afirmar que el lema de los pobladores en las diversas localidades era: “se obedece a quien mande”, sin importar la legalidad o ilegalidad del poder dominante, y eran las personas del común quienes resultaba más afectadas por las confrontaciones armadas.

Las gramáticas propias de la guerra le abrieron paso a las dramáticas y a los relatos sobre el horror, y permitieron que el conflicto se expandiera también transversalmente y que entrara en nuevas fases cada vez más degradadas. La dramática de la guerra apelaba al lenguaje de la sangre derramada en otra guerra o en un evento fortuito. Se nombraban las sangres de la guerra actual pero, a veces, no parecía ser suficiente y se recordaba las que el enemigo había derramado en el pasado, los patíbulos que había levantado, los prisioneros de guerra que había asesinado con sevicia y cómo había conspirado en otras épocas contra el orden establecido. Esas sangres volvían al presente a pesar de que hubieran sido derramadas muchos años antes, en circunstancias muy distintas a las de la coyuntura y ya hubieran recibido perdones judiciales en forma de indultos y amnistías.

Era así como el pasado se convertía en presente perpetuo y las razones de la guerra del momento eran sustituidas por la dramática de las acciones vandálicas de los enemigos en otros tiempos; las razones del presente serían una mera repetición. Así, el lenguaje de la sangre derramada servía como hilo grueso que articulaba la historia nacional y que le otorgaba continuidad, permanencia y trascendencia a los imaginarios violentos; la sangre derramada convocaba otras sangres y los atropellos del pasado servían para justificar las violencias propias en una cadena infinita que se reproducía ampliándose cada vez más. La sangre, los agravios, los atropellos y los despojos servían como elementos prefigurativos de los relatos con los cuales se configuraba una dramaturgia que parecía ser eterna, una y la misma; como si en el presente se estuviera viviendo la sumatoria de todas las guerras anteriores. La dramaturgia desdibujaba los contextos, anulaba o minimizaba las diferencias entre uno y otro momento bélico para dar paso a una imagen de violencia omnipresente y perpetua.

Los relatos sobre el pasado de sangres, muertes y agravios se convertían en un arma arrojada contra los enemigos; se ponía en escena el sentido trágico de la nación y de la corta pero intensa vida republicana, para permitir que los públicos imaginaran cómo sería el futuro si los enemigos triunfaran. Las situaciones vividas por las gentes, alimentadas por esta dramaturgia, fueron dejando huellas permanentes en la memoria, que no lograban borrar los perdones judiciales ni las amnistías y los indultos otorgados; entonces los lenguajes de la sangre derramada, los agravios y los despojos reaparecían de nuevo en la escena pública de la mano de las palabras para garantizar los umbrales de odio y de venganza que se requerían para convocar a ciudadanos corrientes a matar o a morir.

Estos lenguajes poéticos con los cuales se alimentó la dramaturgia de las guerras civiles operaron como recursos narrativos para declarar las guerras y también para continuarlas. La prensa se ocupaba de hacerlo de manera eficiente, describiendo las tropelías del enemigo y ocultando las propias: se narraba con detalle los reclutamientos indiscriminados que dejaban a las familias sin apoyo y sumidas en la indigencia, el desamparo de las víctimas, los lamentos de los heridos en los campos de batalla, el horror de los hospitales de campaña, el dolor y el sufrimiento de viudas y huérfanos, los incendios que destruían poblados enteros; en fin, todos los despojos de bienes y pertenencias de que eran objeto los copartidarios y que los condenaban a la ruina y la pobreza.

Cuando estas dramaturgias eran puestas en público, los contradictores sacaban su propio memorial de agravios, su “martirologio”, las sangres de los suyos para oponerlas a las ajenas. Estas narraciones de sangre y muerte configuraban una historia

hecha de miedos y de odios que proyectaba una imagen trágica y desesperanzada de la nación.

Pero quizá más eficaz que las publicaciones periódicas u otros documentos escritos fue el rumor, las historias contadas de boca en boca, de generación en generación, lo que se relataba en los hogares o en los vecindarios, lo que se comentaba en las tertulias, en las esquinas o en los atrios de las iglesias. Estas memorias orales permitieron la refiguración de las poéticas y las dramáticas, y convocaron el miedo, la compasión, el terror y eso que la historiografía colombiana ha llamado “los odios heredados”; lo cual permitió que pervivieran, reproduciéndose, ampliándose y resignificándose relatos y memorias cuyas huellas llegan hasta el presente.

Estos lenguajes políticos de la sangre derramada (los agravios, las vejaciones y los despojos)⁴¹ le abrieron el espacio a uno nuevo, tan eficaz como los anteriores y con una incidencia significativa en los imaginarios y las identidades colectivas: el lenguaje del victimismo.⁴² Con frecuencia, los protagonistas de las guerras civiles, individuales o colectivos, se autorepresentaban como las víctimas, a veces de un orden tiránico y autoritario, de una acusación injusta o de una persecución sin motivo usada para quitarlos del medio; otras ocasiones, como víctimas de la exclusión, de la ausencia de reconocimiento y de derechos; y en la mayoría de las situaciones como los grandes afectados por la violencia de los enemigos que les habría privado de seres queridos, bienes o fortuna.

Estos sujetos o grupos políticos se presentaban ante los públicos como las víctimas históricas de los despojos, como los objetos de la humillación y el desprecio, como los sufrientes de una barbarie desatada por otros o como los desesperanzados y desengañados de las promesas incumplidas del orden republicano. En tanto que víctimas, y en nombre de sus heridas morales, se sentían autorizados para vengar los agravios y para recurrir a la violencia contra sus ofensores. Este lenguaje del victimismo hunde sus raíces en los procesos de emancipación del imperio español; con él se sustentó el derecho a la independencia y todavía hoy se alude para justificar levantamientos en armas y crímenes atroces.

41 Aunque estos lenguajes vivos se usaron en todas las guerras, en algunas se enfatizó más en unos que en otros. Sobre los despojos véase: Manuel Ibáñez. “Contestación a la parte que le toca en el mensaje dirigido por el poder ejecutivo de la Nueva Granada a las Cámaras legislativas el 13 de abril último”. *Folletos Misceláneos*, 311, Medellín, Colección Patrimonio Documental, Biblioteca Central Universidad de Antioquia.

42 El lenguaje del victimismo fue particularmente significativo durante la Guerra Artesano-militar de 1854.

4.3 La sangre derramada y los agravios en la filigrana de la paz

La dramaturgia de los lenguajes políticos de los agravios y la sangre derramada tuvo también su despliegue en las posguerras y a propósito de la promulgación de los indultos y las amnistías. En estas coyunturas se debatía en la prensa, en los corrillos y los lugares de reunión —y con bastante acrimonia— sobre las decisiones judiciales, pues los derrotados pensaban que los indultos eran muy restringidos, que se estaban cometiendo grandes injusticias y que en nombre de la restauración del orden se los convertía en víctimas de la ley, cuando el proceder correcto debería ser el perdón y el olvido general. Los vencedores, por su parte, criticaban la debilidad del gobierno en el otorgamiento de los indultos y señalaban que era necesario aplicar todo el rigor de la ley pues, de lo contrario, los enemigos bien pronto regresarían a sus andadas y se declararía una nueva guerra civil; además, no faltaba quienes protestaran por los indultos otorgados a algunos que, a su juicio, habían cometido delitos atroces, mientras a otros menos comprometidos se los sometía a prisión o eran confinados al destierro.

Como se observa, el tema de los indultos y las amnistías se convertía en un asunto de opinión pública, en objeto de narraciones, relatos y discursos, y en torno de él se configuraban poéticas y dramaturgias que contribuían a mantener viva y en un presente perpetuo la hostilidad manifiesta, a pesar de los reiterados llamados a la reconciliación y la paz, y a “tender un manto de olvido” sobre los hechos de la guerra; en otras palabras, los indultos, las amnistías y las decisiones judiciales se convertían en elementos prefigurativos de una trama mimética que continuaba reproduciendo, en tiempos de paz, los lenguajes de los agravios, el victimismo y la sangre derramada.

Las dramaturgias de la posguerra insistían en que se debía ser muy severo con los derrotados, pues si ellos hubieran sido los vencedores no habrían tenido clemencia ni conmisericordia; que la vida se paga con la vida, que la sangre de las víctimas reclamaba la de sus victimarios, que los fantasmas de quienes murieron en los campos de batalla regresarían para pedir venganza, que perdonar a los enemigos sería una afrenta imperdonable a la gloriosa memoria de los caídos; que era insoportable ver a los victimarios de ayer paseándose tranquilamente por las calles y las plazas de los pueblos, agrediendo así a sus víctimas por segunda vez. En suma, los propósitos de paz y de concordia se disolvían en los relatos dramáticos sobre la necesidad de castigar y producir dolor a quienes habían ofendido a la sociedad con sus proceder. Y en el entrecruzamiento de esos lenguajes contradictorios no solo se confundían y se mezclaban las estrategias de represión y amnistía, sino que se urdía la trama de una historia de impunidad y sangre derramada que reforzaba tanto la imagen trágica de la nación como la de un Estado débil y condescendiente, incapaz de ejercer plenamente la soberanía.

Una coda para terminar

Las guerras del presente también se libran con palabras, pero cada vez son más mudas, más prosaicas, como diría el profesor Pécaut; nadie quiere hacerse responsable de los desastres humanitarios y aunque las retóricas no faltan, son cada vez más anodinas y menos significativas para los grandes conglomerados sociales que no se sienten convocados por ellas. Los macrolenguajes han perdido su espesor, los diferentes proyectos políticos solo parecen tener una expresión armada y los propósitos militares parecen subsumir a los políticos.

Nuestras guerras actuales son guerras sin épica, sin héroes, sin lances patéticos y con muchos villanos. La dramaturgia puesta en público por la prensa, y a veces también por los intelectuales y comentaristas, no parece conducir a la acción, sino más bien a la producción de “partes de guerra” o a registrar los eventos ocurridos; una suerte de notariado para contabilizar los muertos, los desplazados, los secuestrados, las víctimas de diferente condición, sin que se logre saber muy bien qué está ocurriendo y cuáles responsabilidades le competen a cada quien. Los relatos memoriales son fragmentados, a manera de “memorias mosaico”, como las llama Gonzalo Sánchez,⁴³ que solo reflejan la fragmentación de la vida social; o memorias rivales, en las cuales lo simbólico se convierte en un nuevo campo de confrontación.

Sin embargo, las palabras siguen teniendo la condición de trompetas de guerra y con mucha frecuencia se usan para eso por guerreros, funcionarios y dirigentes políticos; pero también pueden tener la virtud de transformar, de interpretar, de convocar a los públicos. Ese es quizá el gran reto de la academia: reconstruir una historia con sentido que recoja matices, expresiones diferenciales, grises y claroscuros, en la cual las gentes de hoy y de mañana puedan inscribir su historias personales y familiares, y encontrar sentido histórico y dimensión política a lo que les sucedió.

Probablemente esa es la razón para interrogar el presente desde el pasado, para reconstruir las huellas dejadas por las guerras civiles en los imaginarios del presente y preguntarse si entre ellas y los conflictos actuales existen hilos de continuidad y pervivencia, ecos, repercusiones, repeticiones distinguibles o, por el contrario, divergencias tan marcadas, tan drásticas y radicales que no ameritarían ningún ejercicio comparativo. Es poco posible encontrar todas las respuestas, pero quizá el registro narrativo pueda arrojar muchas luces y aportar algunas claves para esta búsqueda perpetua.

43 Gonzalo Sánchez. *Op. cit.*, pp. 71-76.